

843
D



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2225
. B67
SG

DERECHOS RESERVADOS

CAPILLA ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 98 a 97.—Barcelona

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ave. 2025 MONTERREY, MEXICO

LOS BORGIA

(1492-1507)

En los alrededores de Florencia, a una legua aproximadamente, se halla situado el palacio Carregi. En una de sus alcobas, el día 8 de abril de 1492, tres hombres estaban reunidos alrededor de una cama en la que yacía un moribundo.

Era el primero de estos hombres Ermolao Barbaro, autor del tratado *Del Celibato* y de los *Estudios sobre Plinio*, y se hallaba sentado al pie del lecho y medio envuelto en las cortinas de brocado de oro, a fin de ocultar sus lágrimas. El año precedente, estando en Roma en calidad de embajador de la República de Florencia, Inocencio VIII le había nombrado patriarca de Aquilea.

El segundo, Angel Policio, el Cátulo del siglo xv, talento a la antigua y florido, al que se hubiera podido tomar por un poeta de los tiempos de Augusto, por sus versos latinos, estaba arrodillado y tenía entre sus manos una del moribundo.

Finalmente, el tercero, Pico de la Mirándola, que a los veinte años hablaba veintidós idiomas y ofrecía contestar a setecientas preguntas que se le hicieran en cualquiera de ellos por veinte hombres de los más ilustrados del mundo entero, si se conseguía reunirlos en Florencia, se hallaba de pie y apoyado contra una de las columnas torneadas de la cabecera del lecho del paciente, siguiendo, con pro-

funda melancolía, los progresos de la enfermedad en el rostro del moribundo.

Este era Lorenzo *el Magnífico*, que, atacado desde los comienzos de aquel año por una intensa fiebre, a la que se había juntado la gota, enfermedad hereditaria en su familia, y al ver la inutilidad e impotencia de las bebidas de perlas disueltas que le hacía tomar el curandero Leoni de Spoleto, el cual más parecía querer aplicar sus remedios a la riqueza que a las necesidades de la enfermedad, había comprendido la precisión de dejar las tiernas palabras de sus mujeres, los dulces cantos de sus poetas, los ricos tapices de sus palacios y había hecho llamar al dominico Jerónimo María Francisco Mateo Savonarola para que le absolviera de sus pecados, que en un hombre de posición inferior a la suya tal vez se hubieran calificado de crímenes.

Por lo demás, y no sin cierto temor, contra el cual resultaban impotentes las alabanzas de sus amigos, el voluptuoso usurpador aguardaba al sombrío y severo dominico, cuyas predicaciones conmovían a Florencia, y en cuyo perdón se basaban en adelante todas sus esperanzas de otro mundo. En efecto, Savonarola era uno de esos hombres de mármol, que, al igual que el Comendador, vienen a llamar a la puerta de los voluptuosos en medio de sus fiestas y sus orgías, para advertirles que, a pesar de todo, es llegada la hora de que piensen en el Cielo. Nacido en Ferrara, donde su familia, una de las más ilustres de Padua, había sido llamada por el marqués Nicolás de Este, Savonarola se fugó de la casa paterna y profesó poco tiempo después en el convento de los religiosos dominicos de Florencia, arrebatado por una vocación irresistible. Allí, destinado por sus superiores a dar lecciones de filosofía, tuvo que luchar primeramente contra los defectos de un órgano vocal, débil y duro, y después contra una pronunciación deficiente, y, sobre todo, contra el abatimiento de sus fuerzas físicas, agotadas por una abstinencia en extremo severa.

Condenóse desde entonces Savonarola al más absoluto retiro, y desapareció en las profundidades de su convento, como si la losa del sepulcro hubiera ya caído sobre él. Allí, arrodillado sobre las piedras, rezando continuamente ante un crucifijo de madera, exaltado por las vigili-
as y las pe-

nitencias, no tardó en pasar de la contemplación al éxtasis y comenzó a sentir dentro de sí el impulso secreto y profético que le llamaba a predicar la reforma de la Iglesia.

Sin embargo, la reforma del predicador de Florencia, más respetuosa que la de Lutero, a la que precedió unos veinticinco años, respetaba las cosas cuando atacaba a los hombres, y su objeto era sólo cambiar los dogmas humanos, pero no la fe divina. Savonarola no procedía sino por el entusiasmo, mientras que Lutero empleaba el razonamiento. En el reformador de Florencia, la lógica cedía siempre ante la inspiración; no era un teólogo, era un profeta.

A pesar de esto, su frente, humilde hasta entonces ante la autoridad de la Iglesia, habíase erguido ante los poderes temporales. La Religión y la Libertad le parecían dos vírgenes igualmente santas, de modo que, en su imaginación, tan culpable le parecía Lorenzo al avasallar a la una, como el papa Inocencio VIII al ultrajar a la otra, resultando que, mientras Lorenzo había vivido rico, feliz y magnífico, no quiso Savonarola, a pesar de las instancias que le hicieron, sancionar con su presencia un poder que consideraba como ilegítimo. Pero cuando supo que Lorenzo, desde su lecho de muerte, le llamaba, no vaciló. El austero predicador se había pucs'o inmediatamente en camino, con los pies y la cabeza desnudos, esperando salvar, no sólo el alma del moribundo, sino también la libertad de la República.

Como hemos dicho, la llegada de Savonarola era esperada por Lorenzo con impaciencia mezclada de inquietud; de suerte que, al escuchar el rumor de sus pasos, su pálido rostro tomó un tinte aún más cadavérico, al tiempo que, incorporándose sobre su codo, ordenaba con un ademán a sus amigos que se alejaran. Estos obedecieron inmediatamente, y, apenas habían salido por una puerta, la cortina de otra se alzó, dando paso a Savonarola. Al divisarlo, Lorenzo de Médicis leyó sobre aquella frente de mármol la inflexibilidad de una estatua y cayó nuevamente en el lecho exhalando un suspiro tan profundo, que parecía el último.

El dominico paseó su mirada por la habitación, como para asegurarse de que estaba bien solo con el moribundo; luego, con paso lento y solemne, avanzó hacia la cama

Lorenzo lo miró aproximarse, aterrorizado, y, cuando estuvo junto a él, exclamó:

—¡Ah, padre mío, he sido un gran pecador.

—La misericordia de Dios es infinita—respondió el fraile,—y como ministro de El, me presento ante ti.

—¿Creéis, pues, que Dios me perdonará mis pecados?—repuso el moribundo, renaciendo a la esperanza al oír de la boca del fraile palabras tan inesperadas.

—Todos tus pecados y tus crímenes te los perdonará Dios—respondió Savonarola.—El te perdonará tus placeres frívolos, tus voluptuosidades adúlteras, tus fiestas obscenas: eso, en cuanto a los pecados. En cuanto a tus crímenes se refiere, Dios te perdonará haber prometido la cantidad de dos mil florines al que te trajera la cabeza de Dietisalvi, de Nerón Nigi, de Angel Antinori, de Nicolás Soderini, y cuatro mil al que te los entregara vivos; Dios te perdonará el haber hecho que muriesen sobre el caldalso o en el suplicio los hijos de Papi Orlandi, Francisco de Brisighella, Bernardo Nardi, Jacob Frescobaldi, Amoretto Baldovinetti, Pedro Balducci, Bernardo de Baudino, Francisco Frescobaldi y otros, más de trescientos, que no por ser menos célebres que éstos, dejaba Florencia de quererlos lo mismo.

Y, a cada uno de estos nombres, pronunciados lentamente por Savonarola, que tenía los ojos fijos en el moribundo, éste respondía con un gemido que evidenciaba la feliz memoria del dominico. Cuando Savonarola terminó, Lorenzo, con acento de duda, articuló esta pregunta:

—¿Y creéis, padre mío, que Dios me perdonará mis pecados y mis crímenes?

—Todo te será perdonado—dijo Savonarola,—pero bajo tres condiciones.

—¿Cuáles?—preguntó el moribundo.

—La primera—indicó Savonarola,—es que has de sentir una fe ciega en el poder y en la misericordia de Dios.

—¡Padre mío—repuso Lorenzo con vivacidad,—esa fe la siento en lo más profundo de mi corazón!

—La segunda—prosiguió el fraile,—es que has de devolver todo lo que has confiscado y retenido injustamente.

—¿Tendré tiempo para eso, padre?

—Dios te lo dará—replicó el fraile.

Lorenzo cerró los ojos, como para reflexionar más li-

bremente; después, tras un instante de silencio, respondió:

—Sí, padre mío, lo haré.

—La tercera—continuó Savonarola,—es que has de devolver a la República su antigua independencia y su legendaria libertad.

Lorenzo, con un movimiento convulsivo, se irguió sobre la cama, interrogando con sus ojos los del dominico, como para convencerse de que había entendido bien. Savonarola repitió las mismas palabras.

—¡Jamás, jamás!—exclamó Lorenzo, cayendo nuevamente sobre su lecho y sacudiendo la cabeza—¡Jamás!

Savonarola, sin contestar una sola palabra, dió un paso para retirarse.

—¡Padre! ¡padre mío!—dijo el moribundo,—¡no os alejéis de este modo! ¡Apiadaos de mí!

—¡Ten piedad de Florencia!—respondió Savonarola.

—¡Pero, padre—exclamó Lorenzo,—Florencia es libre, Florencia es feliz!

—Te engañas, Florencia es esclava y está pobre—gritó el dominico,—pobre de genio, pobre de dinero y pobre de valor. Pobre de genio, porque a tu muerte te sucederá tu hijo Pedro; pobre de dinero, porque con sus caudales has sostenido la magnificencia de tu familia y el crédito de tus factorías; pobre de valor, porque has quitado a los magistrados legítimos la autoridad que la constitución les otorgaba, y porque has desviado a tus conciudadanos del doble camino militar y civil, en el cual, antes de que con tu lujo los afeminaras, habían desplegado virtudes de la época antigua de suerte que, cuando brille el día, no lejano—continuó Savonarola, con la mirada fija como si leyera en el porvenir,—en que los bárbaros bajen de las montañas, los muros de nuestras ciudades, al igual de los de Jericó, se derrumbarán sólo al ruido de sus trompetas.

—¡Queréis, padre, que en mi lecho de muerte me despoje del poder que ha formado la gloria de toda mi vida!—exclamó Lorenzo de Médicis.

—No soy yo; es el Señor quien lo quiere—respondió fríamente Savonarola.

—¡Imposible! ¡Imposible!—murmuró Lorenzo.

—Entonces, muere como has vivido—exclamó el dominico—en medio de tus cortesanos y tus aduladores y

que se encarguen ellos de perder tu alma como nan perdido tu cuerpo!

Y, dichas estas palabras, el austero dominico, sin escuchar los gritos del moribundo, abandonó la habitación con la misma expresión y el mismo paso con que había entrado, espíritu ya tan desprendido de la tierra, que parecía cernerse por encima de las cosas humanas.

A las exclamaciones de Lorenzo de Médicis viendo desaparecer al fraile, Ermolao, Policio y Pico de la Mirándola, que nada habían perdido de las palabras que entre el moribundo y Savonarola se habían cruzado, entraron nuevamente en la habitación encontrando a su amigo estrechamente abrazado a un magnífico crucifijo que acababa de arrancar de la cabecera de su cama. En vano intentaron tranquilizarlo con palabras amigas: Lorenzo *el Magnífico* sólo les respondió con sollozos, y una hora después de la escena que dejamos relatada, con los labios pegados a los pies del Cristo, expiró en los brazos de aquellos tres hombres, de los cuales el más privilegiado, a pesar de que los tres eran jóvenes, no debía sobrevivirle más de dos años.

«Como su pérdida debía traer consigo muchas calamidades—dice Maquiavelo,—el Cielo quiso dar de ella presagios demasiado ciertos: sobre la cúpula de la iglesia de Santa Reparata, cayó un rayo, y Rodrigo Borgia fué nombrado papa.»

* * *

En la época en que comienza este relato, es decir, hacia fines del siglo xv, la plaza de San Pedro de Roma estaba lejos de presentar el aspecto grandioso que presenta en nuestros días a los que llegan a ella por la plaza de los Rusticucci.

En efecto, la basílica de Constantino había desaparecido, y la de Miguel Angel, obra maestra de treinta papas, que costó tres siglos de trabajo, y en la que se gastaron doscientos sesenta millones de liras, aun no existía.

El antiguo edificio, que había durado mil ciento cuarenta y cinco años, amenazó ruina hacia 1440, y Nicolás V, el precursor artístico de Julio II y de León X, lo hizo demoler, así como el templo de Probo Anicio, que estaba con-

tiguo, y en su lugar echó los cimientos de un nuevo templo, obra de los arquitectos Rosselini y Bautista Alberti; pero, algunos años después, muerto Nicolás V, y como el veneciano Paulo II no pudo dar más que cinco mil escudos para continuar el proyecto de su predecesor, las obras del monumento se detuvieron casi al nivel del suelo, presentando el aspecto de un edificio muerto al nacer, aspecto más triste aún que el de una ruina.

En cuanto a la plaza misma, no tenía aún, como fácilmente se comprenderá por la explicación que acabamos de dar, ni la hermosa columnata del Bernini, ni las fuentes con surtidores, ni el obelisco egipcio erigido, al decir de Plinio, por el faraón Nuncor en la ciudad de Heliópolis y transportado a Roma por Calígula, quien lo puso en el circo de Nerón, en donde quedó hasta 1586: ahora bien, como el circo de Nerón estaba situado sobre el mismo terreno que hoy ocupa la iglesia de San Pedro, y ese obelisco cubría con su base el lugar donde está la sacristía actual, allí se le veía como una aguja gigantesca elevarse entre las columnas truncadas, los muros desiguales y las piedras a medio tallar.

A la derecha de este obelisco, se levantaba el Vaticano, espléndida torre de Babel, en la que han tomado parte, desde hace mil años, todos los arquitectos célebres de la escuela romana; y, en aquella época, no tenía aún sus dos magníficas capillas, sus doce grandes salones, sus veintidós patios, sus treinta escaleras y sus dos mil habitaciones; porque Sixto V, aquel sublime guardador de cerdos, que tantas cosas hizo en sus cinco años de pontificado, no había podido añadirle todavía el inmenso edificio que, por el lado oriental, domina el patio de San Dámaso; pero ya era el viejo y santo palacio de antiquísimos recuerdos, en donde Carlomagno, al hacerse coronar emperador por el papa León III, había recibido hospitalidad.

El día 9 de agosto de 1492, todo Roma, desde la puerta del Pópolo hasta el Coliseo, y desde las Termas de Diocleciano hasta el castillo de Sant'Angelo, parecía haber convenido en reunirse en aquella plaza: la multitud que la inundaba era tan grande que reflujía a todas las calles contiguas que se unían al centro formando como una estrella, y se la veía, cual un mar humano, subir a la basílica, agruparse sobre las piedras, colgarse de las columnas, encara-

marse sobre las paredes, penetrar en las casas y asomarse a sus balcones, tan numerosa, y tan apiñada, que bien hubiera podido decirse que las ventanas estaban tapiadas con cabezas. Pues bien, toda aquella multitud miraba fijamente a un solo punto del Vaticano, porque, como hacía diez y seis días que Inocencio VIII había muerto, el Vaticano encerraba en aquel momento el cónclave, que había de elegir el nuevo papa.

Desde su fundación hasta nuestros días, es decir, durante unos veintiséis siglos, Roma ha sido la ciudad de las elecciones. Constantemente ha elegido sus reyes, sus cónsules, sus tribunos, sus emperadores y sus papas: así, pues, Roma, durante los días de cónclave, parece dominada como por una fiebre extraña, que impulsa a todos hacia el Vaticano, o hacia Monte Cavallo, según el palacio en que la asamblea escarlata se celebre: en efecto, la exaltación de un nuevo pontífice era allí asunto de suma importancia, porque, como según el término medio establecido desde San Pedro hasta Gregorio XVI, cada papa reina ocho años aproximadamente, esos ocho años eran, según el carácter del elegido, un período de tranquilidad o de desorden, de justicia o de venalidad, de paz o de guerra.

Ahora bien, nunca tal vez, desde el día en que el primer sucesor de San Pedro ocupó la silla pontificia, hasta el interregno en que se estaba, se había manifestado mayor inquietud que la que existía en el momento en que hemos presentado a todo ese pueblo estrujándose en la plaza de San Pedro y en las calles que a ella afluían. Es verdad que había razón para ello, pues Inocencio VIII, al que llamaban *Padre del pueblo* por haber aumentado el número de sus súbditos con ocho hijos y otras tantas hijas después de una vida de voluptuosidades, acababa de morir tras una agonía lenta, en el transcurso de la cual, si hemos de dar crédito al diario de Esteban Infessura, se habían cometido doscientos veinte asesinatos en las calles de Roma.

Como de costumbre, el poder había recaído en el cardenal camarlengo, el cual se convertía en soberano durante el interregno; pero, como éste había tenido que cumplir con todos los deberes de su cargo, es decir, hacer acuñar moneda con su nombre y sus armas, sacar el anillo del Pescador del dedo del difunto papa, vestir, afeitarse, dar colorete y hacer embalsamar el cadáver, después de los

nueve días de funerales, hacer que bajasen el féretro del último papa fallecido al nicho provisional en donde debe reposar hasta que su sucesor vaya a ocupar su lugar y lo envíe a su tumba definitiva, y, finalmente, como había tenido que tapiar la puerta del cónclave y la del balcón en donde se proclama la elección pontifical, no le había quedado ni un momento para ocuparse en la policía, de suerte que los asesinatos se habían cometido sin interrupción, y todos pedían a gritos una mano enérgica que hiciera volver a su vaina todas aquellas espadas y puñales.

La multitud miraba, pues, como hemos dicho, fijamente al Vaticano, y particularmente una chimenea en la que debía aparecer la primera señal, cuando de pronto, al toque del *Ave María*, es decir, a la hora en que empieza a obscurecerse el día, un ensordecedor griterío mezclado con fuertes carcajadas se elevó de todo aquel pueblo, cual si fuera un murmullo discordante de amenazas y de burlas: se acababa de notar en lo alto de la chimenea una pequeña humareda que, como tenue nube, se elevaba perpendicularmente en el espacio. Esta nube anunciaba que Roma estaba todavía sin dueño y que el mundo aun no tenía papa, pues ese humo era el de las cédulas de escrutinio que se quemaban, prueba de que aun había discordancia entre los cardenales.

Apenas apareció la leve humareda, que se disipó casi inmediatamente, todo aquel innumerable pueblo, cuando supo con certidumbre que era inútil esperar, y que todo quedaba pendiente hasta el día siguiente a las diez de la mañana, hora en que los cardenales hacían su primera votación, se retiró tumultuosamente, como si hubiese sonado el disparo del último cohete de un castillo de fuegos de artificio; tan completa fué la dispersión, que, a los pocos momentos, sólo quedaban allí, donde un cuarto de hora antes se agitaba todo un mundo, unos cuantos curiosos retrasados; luego, y poco a poco, fueron desapareciendo todos, pues acababan de sonar las nueve y media, y en esa hora las calles de Roma comenzaban a ofrecer muy poca seguridad; sólo se veía algún rezagado que apresuraba el paso; las puertas fueron cerrándose sucesivamente; las luces de las ventanas se apagaron una tras otra, y, por último, al sonar las diez, exceptuando una de las ventanas del Vaticano, en donde lucía la claridad de una lámpara